

# HUMILDAD

- I. Sagrada Escritura
- II. Historia de la teología
- III. Elaboración sistemática

*Generalidades.* Humildad significa sentimiento de servicio, ánimo de servicio. Como concepto religioso y moral, es la versión de *humilitas* y de *ταπεινοφροσύνη*. Su significado fundamental quiere expresar el sentimiento de servicio ante Dios y ante los hombres. *Humilis*, como traducción de *ταπεινός*, se deriva de *humus* y significa perteneciente a la tierra, cercano a ella, inclinado a ella (*Thesaurus Linguae Latinae* VI, 3103-3114), sumiso, despreciable. *Humilitas* es sinónimo de *ignobilitas*, *afflictio*, *infirmetas*, en el sentido de miseria, debilidad, falta de gloria y también modestia (*Thesaurus Linguae Latinae* VI, 3115-3119). En el cristianismo, *humilis* y *humilitas* no sólo significan bajeza, sino también humildad. De la raíz *huom* viene *homo*, *humanus* y *humilis*. El hombre (*homo*), tomado de la tierra (*humus*), vive conforme a su constitución, es *humilis* en el sentido más amplio. *Ταπεινός* significa bajo, pequeño, pobre, servil, despreciable; *ταπεινοφροσύνη* no se puede demostrar que existiera en la literatura profana antes de las cartas paulinas.

Es seguro que los *antiguos* no conocieron la humildad tal como brilla en el ejemplo de Cristo y ha de realizarse en su → imitación. Pero esto no excluye que el no cristiano pueda ser humilde en su entrega a la divinidad al servicio de los demás hombres. Los antiguos conocieron cierta humildad inherente a la condición de criatura, temieron la desmesura de la *hybris* y exigieron la virtud de la *σωφροσύνη* (comedimiento, maduración, conocimiento de los límites que a uno le están trazados). Sócrates enseñó la «honradez ante uno mismo» y siguió la máxima del oráculo de Delfos: «Reconoce que eres hombre y no Dios». Pero, en general, los antiguos ensalzan la orgullosa

autonomía del hombre que adquiere por sí mismo la → virtud y, como *μεγαλόψυχος* (Aristóteles), se cree digno de cosas mayores.

## I. Sagrada Escritura

1. El AT alude a la humildad propia de la criatura. Es la postura esencial ante Dios. עָנִי (pobre, miserable, agobiado, bajo) y עָנָו (abajado, inclinado, sometido, temeroso) (Is 41,47; Sal 10,17; 22,27; Eclo 29,8) corresponden a los conceptos antes mencionados. El plural עֲנָוִים, sin perder su significación original, pasó a designar más tarde a los «piadosos» que se sienten siervos de Yahvé y se someten a su voluntad. A partir de Amós, עָנָו aparece con la significación de «ponerse libremente en estado de עָנִי» e «inclinarse humildemente ante Dios». Yahvé cuida precisamente de los pobres y oprimidos. Con la interiorización de la → fe se van haciendo cada vez más rigurosas las exigencias de sentimientos de humildad ante Dios, especialmente en los → profetas, en los salmos y en los libros sapienciales. «Buscad a Yahvé, vosotros todos los humildes de la tierra... esforzaos por conseguir la justicia y la humildad...» (Sof 2,3). Estos «pobres de la tierra» son los «piadosos», los עָנִי וְיָדָוּ (LXX: λαὸς πραῦς καὶ ταπεινός; Sof 3,12; Is 10,2; Sal 86,1s). De ellos se compadece Dios (Is 49,13), mira por ellos (Sal 66,2; 149,4), les envía a su Ungido con la buena nueva (Is 61,1s), les concede la → gracia (Prov 3,34; Sal 25,9; Eclo 3,20) y la → sabiduría (Prov 11,2). Los «humildes de la tierra» son los portadores de las esperanzas de salvación, se esfuerzan por el derecho y por la → justicia (Sof 2,3; Sal 37,11; Job 24,4) para con el prójimo y por el servicio y la veneración de Dios (Miq 6,8). En neto contraste, se condena la soberbia (Is 2,12; Ez 21,31; Dn 3,98-4,34; Prov 3,34; Eclo 1,30, etc.; cf. Gn 11,1-9). Yahvé derriba a los orgullosos y levanta a los humildes (Ez 21,31; Job 5,11; Sal 138,6; 147,6), se burla de los altaneros y da su gracia a los humildes (Prov 3,34). El orgullo es apostasía frente a Dios y comienzo del pecado (Eclo 10,12s), pero los *humiles spiritu* consiguen la → salvación (Sal 34,19; 2 Cr 12,7). Humillarse significa a veces también mortificarse, ayunar (cf. Lv 16,29.31; Is 58,3.5).

Ante Dios, el hombre es polvo y ceniza (Gn 18,27; Sab 9,13-16), una sombra (Job 13,25; 14,1s); los pueblos son como gota de agua en el caldero; el mundo, como un grano de arena (Is 40,15ss; Sab 11,22). Y también: «¿Qué es el hombre para que tú pienses en él?» (Sal 8,5; Ecl 5,1). Admiración, rendida obediencia y lealtad incondicional es la postura del hombre (Sal 115,1). Qué significa esta humildad lo muestra el salmo 131,1. En el AT es ante todo humildad ante Dios.

2. *En el judaísmo.* En los textos de Qumrán aparece la humildad con bastante frecuencia en conexión con los «pobres» (→ pobreza) en el sentido del AT. En la tradición escatológica está 1 QM. Los «humildes» ejecutan la venganza divina, los cuales son los humildes de espíritu, «pobres de espíritu».

El espíritu de humildad (עֲנוּת, עֲנָוָה) es la obediencia ante Dios (1 QS IV, 3-8). La pobreza como reconocimiento de la propia nada y de la propia impotencia no es un «estado», sino una «postura» ante Dios (1 QH XVII, 22) y también ante el prójimo (1 QS II, 24; IV, 3; V, 3; IX, 22; XI, 1). Filón sabe que Dios ve la humildad (*Decal.*, 41; *Spec. Leg.*, 1,308). Buena es la ταπεινωσις, que aniquila la insensata altivez (*Fug. et Inv.*, 207; *Post. Cain.*, 48,136), la ἀτυφία o humildad (*Abrah.*, 24; cf. Flavio Josefo, *Ant.*, 17, 138; ἀνίβριστος). El pecado procede del orgullo (οἴησις, τῦφος), que se domina con el conocimiento propio (*Spec. Leg.*, 1,262.265.252; *Somn.*, 2, 116s). Los rabinos (Billerbeck, I, 192ss) exigen un espíritu humilde y un sentimiento de modestia en los discípulos de Abrahán. La humildad pertenece a las cuarenta y ocho cosas por las que se logra la Thorá. Según el ejemplo de Dios (Is 57,15), la humildad se inclina a los pequeños y es la mayor de las virtudes (Billerbeck, III, 454).

3. NT. La humildad se hace cristiana por el ejemplo de Cristo. En el NT, ταπεινός ya no tiene la significación peyorativa del griego profano. Aparece solamente en el sentido de «pequeño», «insignificante» (en Rom 12,16) y «dócil», «sumiso» (en 2 Cor 10,1). Como verbo, significa «abajarse» (2 Cor 11,7; cf. 10,1), «no tener pretensiones» y «ser sobrio» (Flp 4,12). Como caso excepcional, Flp 2,5-11 se refiere a la *humilitas Dei*, al propio anonadamiento del Hijo de Dios en forma de siervo (cf. Heb 12,2) y a su exaltación en la → gloria de Dios. Aquí se realizan las afirmaciones veterotestamentarias y queda patente el ejemplo de toda humillación y exaltación (Lc 1,48; 14,11, etc.; 1 Pe 5,5, y Sant 4,6 citan Prov 3,34). Dios contempla la bajeza de su esclava (Lc 1,32) y está dispuesto a ayudar a la insignificancia humana (Mt 5,3; 2 Cor 7,6; Sant 4,6; 1 Pe 5,5). En el centro de la enseñanza neotestamentaria sobre la humildad están las palabras de Jesús: «Aprended de mí, que soy πραῦς καὶ ταπεινός τῇ καρδίᾳ» (Mt 11,29; cf. Prov 16,19). La humildad, por tanto, se exige a ejemplo de Cristo. Siguiendo este ejemplo, la humildad ha de practicarse no sólo ante Dios, sino también ante los hombres. Esta humildad «social» no la conocieron los antiguos y apenas si aparece en el AT. Jesús enseñó la humildad con la palabra y con el ejemplo. Exige los sentimientos simples, ingenuos y sencillos de los niños como condición para pertenecer al → reino de Dios (Mt 18,4; Mc 10,15) y la pobreza de espíritu (Mt 5,3; 11,25). Ante Dios no vale la postura arrogante de los fariseos, sino el reconocimiento humilde de ser pecadores (Lc 18,9-14; 16,15), ni el deseo de distinguirse (Mc 12,38s), ni las disputas de los discípulos por lograr los primeros puestos (Mc 9,34s; 10,35-45 *par.*), sino el servicio en el → amor. Al lado de las palabras de Jesús: «Uno es vuestro maestro, todos vosotros sois hermanos» (Mt 23,8), se lee: «Yo estoy entre vosotros como servidor». Así, el mayor debe servir a los demás a ejemplo del Señor: «El Hijo de hombre no ha venido a hacerse servir, sino a servir y a entregar su vida para rescate de muchos» (Mc 10,45; Lc 22,28; cf. María, la «esclava» del Señor: Lc 1,38). También sus discípulos deben mostrarse mutuamente un espíritu de servicio «lavando humildemente los pies» a los

demás (Jn 13,14-17), liberándose a su imitación de todo deseo egoísta; deben negarse a sí mismos y cumplir en todo la voluntad de Dios (Mc 8,34; Jn 6,38).

El modelo de humildad lo vio también Pablo en Cristo (Flp 2,5-11). Quien sigue al Señor, debe seguir las prescripciones del Sermón del Monte (Rom 12,13ss). El Apóstol pide sentimientos unánimes que rehúyan la altivez y el orgullo (τὰ ὑψηλά), que simpaticen con los ταπεινοί (Rom 12,16; cf. 1,30; 11,20; 12,3). Aquí aparece el paso al neologismo. A ὑψηλὰ φρονεῖν se contraponen ταπεινὰ φρονεῖν, la ταπεινοφροσύνη, la humildad que sirve al Señor (Hch 20,19) y en la que el hombre se hace digno de su vocación (Ef 4,2; Col 3,12), lejos de toda humildad falsa y afectada (Col 2,18.23). Pablo resume el ser y la actitud del cristiano con una pregunta: «¿Qué tienes que no hayas recibido?» (1 Cor 4,7). Lo sabe por propia experiencia: «Cuando soy débil, es cuando soy fuerte» (1 Cor 12,10); sabe cómo por la → gracia divina es lo que es (1 Cor 15,10; 2 Cor 3,4ss) y cómo todo lo puede sólo en Dios. El hombre no puede gloriarse en absoluto (1 Cor 1,29); su gloria es Cristo con su cruz (1 Cor 1,31). No quiere agradarse a sí mismo, sino sólo a Dios (Rom 8,8; 1 Cor 7,32; 2 Cor 5,9; 1 Tes 4,1). Juntamente con la humildad ante Dios, Pablo pone de relieve su aspecto social: hay que dejar puesto a los demás, pensar en su bien y tenerlos en más que a uno mismo (Flp 2,3). Así perfila Pablo una humildad que permite una subordinación mutua (Ef 5,21) y es una postura necesaria en la comunidad (Ef 4,2; Col 3,12): anticiparse en atenciones a los demás y soportarse mutuamente con amor (Rom 12,10). Esto culmina en el «himno al amor», un amor que tiene la humildad como presupuesto y fundamento imprescindible (1 Cor 13,4-8).

## II. Historia de la teología

1. *Padres griegos.* Los primitivos escritos cristianos hablan todavía de la humildad de una manera vaga y general, apoyándose frecuentemente en el AT o en san Pablo (cf. entre otros, IngEf 10,2; Did 3,9; o en el contexto, 1 Clem 13,1-19,1). Frente al orgullo (τῦφος) se exige el ταπεινοφρονεῖν a ejemplo de Cristo y de las grandes figuras del AT. Al ayuno se une la ταπείνωσις (humillación, mortificación; 1 Clem 53,2; 55,6; cf. Dt 9,9; Ex 34,28; Est 4,16). Esta línea continúa en el Pastor de Hermas, donde la ταπεινοφροσύνη, como «humillación de sí propio», está unida al ayuno (v 3,10,6) y la μετάνοια (aquí como penitencia y mortificación; → conversión) (m 4,2,2). La valoración negativa de la humildad, la tendencia al empequeñecimiento propio haciéndose el menor (ἐνδεέστερος) entre todos (m 11,8), ejercerá su influjo en adelante. Este es el reproche de Celso contra la humildad cristiana, la cual encuentra en Orígenes un defensor, aunque le resulta difícil arrojar luz sobre ella (*Contr. Cels.*, 6,15). Clemente de Alejandría habla poco de la humildad (ἄτυφία como negación del τῦφος). Cristo como ἄτυφος θεός es el modelo (*Paed.* II, 3,38,1; 10,112,1; I, 12,99,1;

*Strom.* IV, 6,33,3; VII, 3,14,1). Orígenes ve el perfecto ideal del cristiano realizado también en la humildad; él es, antes de Agustín, su «panegirista entusiasta» (W. Völker). Según Orígenes, la humildad es un οὕτω μέγα δόγμα que únicamente se puede aprender de Cristo (*Contr. Cels.*, 6,15; cf. *In Cant.*, 2,3: *modica quadam stilla defluerit* en la encarnación; cf. *In Mt.*, 13,18: ταπεινῶσις del πνεῦμα ἁγίου). Hay que imitar al *magister humilitatis* (*In Lv.*, 10,2; *In Iud.*, 3,1), evitando la odiosa *superbia* (*In Lv.*, 8, 11), causa del pecado del demonio (→ Satán) y origen de toda culpa (*In Ez.*, 9,2; *In Gn.*, 5,6). Hay que caminar en sentimientos filiales y «pobreza de espíritu». Así se convierte la humildad en exaltación y gloria (*In Ios.*, 5,1; *In Gn.*, 2,5; *In Cant.*, 1,6, etc.). La *humilitas laudabilis* la enseña Cristo (Mt 11,29; Lc 14,11), mientras que la *culpabilis* o *inanis* proviene del pecado y del envilecimiento (*In Ios.*, 20,5). Aquella humildad es también social cuando aprendemos a *nullum spernere, nullum horrere, nullum contemptibilem ducere* (cf. *In Mt.*, 2,2; 15,8; 16,8). Debemos luchar de ocho maneras contra el orgullo, dice san Atanasio, y así poner un fundamento firme a la humildad (*Ep. II ad Cast.*, 8), que el demonio no puede imitar. Esta debe consistir en una actitud interior cuyo modelo es Cristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por nosotros (*Vit. Syncl.*, 56-59; *Vit. Ant.*, 30; *De Virg.*, 3,5). Las ideas hasta ahora desarrolladas se repiten una y otra vez en los demás Padres griegos. San Basilio habla de πανάρετος ταπεινῶσις, que abarca todas las → virtudes (*De Ren. Saec.*, 9). Cristo nos ha sido dado como medida y modelo de esta virtud (*Reg. Fus. Tract.*, 46,1s). La humildad es servicio al prójimo (*Ep.*, 219,2; 22,2; *Hom.*, 20,7), verdadera grandeza del hombre (*Hom.*, 20,1): «Amala, y te enaltecerá» (*ibid.*, 7). Gregorio de Nisa insiste en la pobreza de Cristo y en el hacerse pobre a imitación suya: en esto se expresa la humildad (*De Beat.*, 1). San Juan Crisóstomo habla muy frecuentemente de la humildad. Si el orgullo es la raíz de todos los males (*Hom. Mt.*, 15,1; *Hom. Io.*, 9,2; *De Prof. Ev.*, 1), la humildad es madre y guía de todas las virtudes (*Ad Stag.*, 1,9; *Hom. Mt.*, 38,2, etc.). Es la servidora de todos (*In Ep. II ad Tim.*, 3,7.3).

La humildad figura también a la cabeza entre las virtudes de los *monjes* (→ monacato). Es necesaria como lo es el aire para respirar; en la lucha contra el demonio es arma decisiva, es puerta abierta hacia Dios (cf. M. Viller y K. Rahner, *Askese und Mystik in der Väterzeit* [Friburgo 1939] 119s). Además, ταπεινῶσις es la humillación, el envilecimiento y el desprecio consciente de sí propio hasta llegar a la locura.

2. *Padres latinos.* En Tertuliano vemos nuevamente la estrecha unión entre humildad, ayuno, actos de penitencia y actitud orante. La ταπεινοφροσύνη significa ayuno, mortificación (*De Ieiun.*, 13,16), y la *humilitas* está en relación con ella (*De Cult. Fem.*, 2,9). El *humilis* es el *patiens* (*De Pat.*, 11; cf. Cipriano, *Ep.*, 3,2; *Bon. Pat.*, 2,20). Para san Jerónimo, se llega a la cumbre de las virtudes por la *humilitas* (*In Mt.*, 3,20,25ss; cf. *Ep.*, 148, 20). En Hilario de Poitiers, Cristo ocupa el punto céntrico: *Humilitas eius nostra nobilitas est* (*De Trin.*, 2,25). El es *exemplum* y *praemium* (*Tract.*

Ps., 118,14,10), de él se aprende la *humilitas cordis* (*Tract. Ps.*, 118,14,9) y se vuelve a la *simplicitas infantium* (*In Mt.*, 18,1). San Ambrosio habla frecuentemente de la humildad. Al lado de los ejemplos del AT, Cristo es el *principium humilitatis* (*De Fide*, 3,7,52; cf. *De Virg.*, 9,51). En su imitación se aprende la humildad (*De Iac.*, 1,3,11; *Expos. Ps.*, 118,20,3; *Expos. Ev. Lc.*, 8,62). No se trata de realizar hazañas: lo que vale es ser humilde (*Expos. Ps.*, 118,14,46.20.20; cf. *De Off. Min.*, 2,27,134).

En esto le sigue san Agustín, quien expone la *humilitas* como ninguno de los Padres (cf. *De Virg.*, 31-57; *Ep.*, 118,3,22): *Ipsa est perfectio nostra* (*En. Ps.*, 130,14). Cristo es el *doctor humilitatis: cum esset altus, humilis venit* (*humilitas Dei; ibid.*, 31,2,18). Él es la norma y el modelo por la palabra y el ejemplo. Si el orgullo, como afán por la propia distinción (*De Gen.*, XI, 14,18), es egocentrismo total (*ego sum, ego sum et nemo* [*En. Ps.*, 79,11]), por la humildad el hombre se reconoce como tal y quiere vivir realizando plenamente la voluntad divina (*Tract. Io. Ev.*, 25,16). La humildad es sencillez espíritu de infancia (*sancta infantia: Serm.*, 353,2,1), pobreza de espíritu, tónica de la vida espiritual, fundamento de todas las virtudes. En la línea de Agustín, León Magno habla de la *humana humilitas* y de la *divina maiestas Christi* (*Serm.*, 37,1ss; 31,3: *sectamini humilitatem*); se refiere a la humildad como *copulatrix quaedam virtus* (cf. *Ep. Virg. Dem.*: PL 55,161ss).

En el *monacato latino* sienta cátedra Juan Casiano, quien encuentra diez *indicia humilitatis* (*Inst.*, 4,39) y dieciséis señales de orgullo (*ibid.*, 12,29). De la *intima mentis humiliatio* nace la *humilitas cordis* (*Coll.*, 18,11). Esta no se logra sin el abandono (*nuditas*) de todo (*Inst.*, 12,31), sin el *contemptu et privatione omnium facultatum* (*ibid.*, 4,39). Benito de Nursia recoge los grados de humildad de Casiano y describe la subida a Dios siguiendo la imagen de la escala de Jacob: *exaltatione descendere et humilitate ascendere* (cf. Lc 14,11), subiendo doce peldaños se llega a la *caritas Dei* (*Reg.*, 7). Gregorio Magno habla frecuentemente de la humildad como *magistra virtutum* (*Mor.*, 23,13,24). Por los pequeños servicios de cada día se llega al *culmen humilitatis* (*ibid.*, 5,4,5). El negarse a sí mismo y la *conversio* a Cristo es una exigencia (*Hom. Ev.*, 32,2).

3. *Edad Media y Moderna*. En este tiempo Bernardo de Claraval tiene una especial importancia (*Tract. Grad. Hum.*). Cristo es la *via humilitatis*, que lleva a la verdad (1,1). La humildad es la *virtus, qua homo verissima sui agnitione* (conocimiento y reconocimiento propio) *sibi ipsi vilescit* (1,2). Bernardo sigue un proceso inverso al de los doce peldaños de san Benito (grados de soberbia: 10,28-51,57) y los prolonga con los tres grados de verdad (4,13-16,19). En la *schola humilitatis* logra el alma la gloria del Padre (7,20s). Francisco de Asís quiere servir al Señor en pobreza y humildad (2.<sup>a</sup> *Reg.*, 6). Siguiendo sus huellas, Buenaventura ve la humildad como la *summa totius christianae perfectionis* (*De Perf. Ev.*, 1), y sus actos externos e internos como *vilificatio sui* (*ibid.*). Tomás de Aquino busca una síntesis entre la humildad y la *magnanimitas* aristotélica (*S. Th.* II-II, 129,3 ad 4)

y clasifica la humildad en el plano de la virtud cardinal de la *temperantia* (*ibíd.*, 143.155; *praef.*, 160,1). La humildad impide al hombre aspirar desenfrenadamente a las cosas altas (*ibíd.*, 161,1 ad 3): *considerans suum defectum tenet se in infimis secundum modum suum* (*ibíd.*, ad 1). Por el contrario, el orgullo aspira *supra id quod est* (*ibíd.*, 162,1). Santo Tomás valora la humildad más positivamente como *subiectio hominis ad Deum* y, con respecto al prójimo, como *subiectio propter Deum* (*ibíd.*, 161,1 ad 5). También para el maestro Eckhart, el hombre humilde está *subiectus Deo*, la *humilitas* es la *scala caelestis*, por la que Dios baja al hombre y éste sube a Dios (*Expos. Ev. Io.*, n. 318). Eckhart caracteriza *humilis actus* como *spernere mundum, spernere nullum, spernere sese, spernere se sperni*. La misma humildad «negativa» aparece en Tomás de Kempis: *ama nesciri et pro nihilo reputari* (*Im. Chr.*, 1,2).

En los *místicos* (→ *mística*) la humildad desempeña un gran papel. Ignacio de Loyola distingue tres grados (*modi, species*). La *humilitas perfectissima* es para él la total imitación de Cristo en su pobreza y menosprecio. Francisco de Sales resalta nuevamente el aspecto positivo de la humildad y la relaciona con la grandeza de espíritu.

También los *reformadores* valoran positivamente la humildad. Para Calvino es la «virtud principal para la fe» (CR 34,234), y Lutero dice de ella: «La verdadera humildad no sabe que es humilde» (WA 7,562; cf. 563).

Los *moralistas* y *casuistas* de los tiempos subsiguientes hablan en general de la *superbia* como de uno de los siete pecados capitales y dejan a la ascética la descripción de la humildad.

4. *Ética moderna y teología moral*. Kant niega el aspecto social de la humildad y la considera como la «conciencia y el sentimiento del escaso valor moral propio en comparación con la ley» (*Werke* IV, Darmstadt 1956, 569s); para N. Hartmann, la humildad es la «conciencia de quedarse ilimitadamente rezagado», el «sentimiento de distancia que aplasta y eleva a un mismo tiempo» (*Ethik*, Berlín 31949, 476s). Nietzsche la rechaza de raíz. Para él, la humildad pertenece a la «moral de los esclavos». El cristianismo es para Nietzsche una «insurrección de todos los que se arrastran por el suelo contra lo que tiene elevación: el evangelio de los 'pequeños' *empequeñece*» (*Antichrit.* Kröner, 77,244.246). La humildad se convierte aquí en postura utilitaria primitiva (*Götzendämmerung*, 77,85). M. Scheler critica este desconocimiento de la humildad (*Gesammelte Werke* III, Berna 41955, 33-147). La humildad es para él como una constante «pulsación interior de disponibilidad espiritual con respecto a todas las cosas» (17s), es la «virtud cristiana por excelencia» (21).

La *teología moral católica* señala distintos aspectos de la humildad. V. Cathrein la considera como virtud que «mantiene la tendencia a la distinción y a la grandeza dentro de los límites que corresponden al hombre» (22s); Mausbauch-Ermecke ve en ella la «regulación del apetito de honor y de poder» y el «reconocimiento de la nada de la criatura a la luz de la soberanía y del dominio de Dios» (II, 292). Schilling la cuenta entre los

«deberes con respecto a la posición que el hombre ocupa en la vida». Es, según él, freno al ansia desordenada de honor y sometimiento del hombre a Dios (II, 47ss); o, según O. Zimmermann, la moderación del amor a la grandeza personal (*Lehrbuch der Aszetik*, Friburgo <sup>2</sup>1932, 450). Estos autores siguen en general a santo Tomás, pero hay otra tendencia que se apoya en la Biblia. Según su precursor J. B. Hirscher, «la humildad es la verdadera y más profunda santificación del alma» (*Die christl. Moral* III, Tubinga <sup>4</sup>1845, 119ss). F. Tillmann la entiende como «conocimiento cristiano de sí propio» y, en relación con la → ascética, como «camino y motivo de la imitación de Cristo» (III, 214-227). Stelzenberger la define como una «actitud de agapé» (139), y Häring como «virtud de nuestra condición de criaturas», como «virtud cardinal cristiana» (544s).

### III. *Elaboración sistemática*

Presupuesto de la humildad es el verdadero *conocimiento* de sí propio. «Dios se hizo hombre, y tú, hombre, reconoce que eres hombre. Toda tu humildad consiste en que reconozcas lo que eres» (Agustín, *Tract. Io. Ev.*, 25,16) y sepas qué lugar te corresponde (→ orden): por encima de las cosas y por debajo de Dios en → obediencia y servicio. El conocimiento propio exige, frente a todo autoengaño y a todo amor natural al yo, una voluntad incondicional de sinceridad y lealtad consigo mismo. La revelación dice lo que es Dios y lo que es el hombre. Le muestra a éste su dignidad como criatura, pero recordándole al mismo tiempo su miseria como pecador, su debilidad y su carácter santo como *nova creatura*. «¿Qué tienes que no hayas recibido?» (1 Cor 4,7), es una pregunta que hay que hacerse continuamente. La humildad cristiana está orientada al *ejemplo de Cristo* (Jn 1,14; Flp 2, 5-11) y se realiza en su imitación (Jn 14,6).

A la esencia de la humildad pertenece, según esto, la entrega de sí gustosa y desinteresada al servicio de Dios y del hombre. Del conocimiento propio surge la modestia y lealtad para consigo, el deseo de la → verdad. De ella se distingue toda falsa humildad. Se ve la debilidad y pecaminosidad humana, pero sin cerrar los ojos ante los propios méritos. Humildad es rebajamiento y exaltación al mismo tiempo, espíritu de infancia y pobreza de espíritu; pero es también aceptación y consumación de la dignidad humana otorgada por Dios frente a todo servilismo y envilecimiento propio. La humildad no busca el propio honor, sino la *gloria Dei*.

Como *actitud fundamental cristiana*: 1) La humildad significa *ante Dios* apertura del hombre en servicio y obediencia; es la actitud del *pie subditus*. En contraposición al *sibi placere* del orgulloso, la humildad únicamente quiere y desea agradar a Dios. Esta virtud actúa en la → fe como respuesta humilde a la palabra y a las exigencias divinas; en la → esperanza espera todo de Dios; a la caridad (→ amor) le prepara el terreno, siendo sostenida por ella (1 Cor 13,1-13). Ser humilde es ser como una vasija vacía en la que Dios derrama su gracia. 2) La humildad es la fidelidad al propio ser. Es contraria a la jac-



tancia, se opone a toda aspiración de honores y excelencias, lo mismo que a toda confianza excesiva en uno mismo. Hace abrirse al tú y desprenderse del yo. La *humildad* se hace perdonar. Desea el último puesto (Lc 14,10). 3) Como *virtud social*, es servicio al prójimo y a la → comunidad. Delicada y modesta, hace tener en mayor consideración a los demás (Rom 12,10; Flp 2,3). Se esfuerza por tener los sentimientos de Cristo (Flp 2,5), lleva la carga de los otros (Gál 6,2), no desdeña estar al servicio de todos (Lc 22,26s) y lavarles los pies (Jn 13,5).

Lo contrario de la humildad es el *orgullo* o «amor a la propia excelencia» (Agustín, *Civ. Dei* 14,13; Tomás de Aquino, *S. Th.* II-II, 162,2) y egoísmo total. Es el pecado original, el querer ser como Dios, el atribuirse una falsa grandeza (*superbia*), el prescindir del prójimo. El orgullo se exterioriza de muchas maneras: como presunción desmedida (*praesumptio*), complacencia en sí propio, afán de tener razón, suficiencia altiva (*arrogantia*), aspiración ambiciosa por el poder y el honor (*ambitio*), vanidad (*vanitas*), deseo de aparentar (*iactantia*), osadía y temeridad (*audacia*). El orgullo es el «espíritu de este mundo» (1 Cor 2,12; 1 Jn 2,16), que únicamente conoce el amor de sí y conculca los derechos de los demás. Es causa de la envidia, del descontento y de otros muchos → pecados. Finalmente, representa un monstruoso empobrecimiento del hombre. Así, pues, la humildad es como su contrapeso necesario (Lc 1,51s; cf. Mt 14,11; 23,12). Es la característica del seguimiento de Cristo, la condición de pertenencia al reino de Dios (Mt 18,3s; 19,14; 1 Pe 2,2), el requisito indispensable de todas las virtudes, especialmente de la caridad, de la que dice san Agustín: «*Nihil excelsius via caritatis et non in illa ambulant nisi humiles*, nada hay más grande que el camino del amor, y únicamente lo recorren los humildes» (*En. Ps.*, 141,7).

K. Thieme, *Die christliche Demut* I, Giessen 1906; V. Cathrein, *Die christliche Demut*, Friburgo 2-3 1920; B. Dolhagaray, *Humilité*: DThC VII, 1 (1922) 321-329; Th. Deman, *Orgueil*: DThC XI, 2 (1932) 1410-1434; H. Birkeland, *יָבֹוֹ וְיָבֹוֹ in den Psalmen*, Oslo 1933; G. Belorgay, *L'humilité bénédictine*, París 1948; K. J. Liang, *Het begrip deemoed in I Clemens*, Utrecht 1951; P. Adnès, *L'humilité... d'après S. Augustin*: RAM 28 (1952) 208-223; 31 (1955) 28-46; P. Blanchard, *Saint Bernard docteur de l'humilité*: RAM 29 (1953) 289-299; A. Dihle, *Demut*: RAC III (1957) 735-778; G. Mensching-E. Kutsch-A. Benoit-R. Mehl, *Demut*: RGG II (1958) 76-82; O. Schaffner, *Christliche Demut. Des hl. Augustinus Lehre von der Humilitas*; M. F. Lacan, *Humilité*, en *Vocabulaire de théologie biblique*, París 1961, 454-457; B. Häring, *Demut als Weg der Liebe: Kraft und Ohnmacht*, Hom. K. Färber (Frankfurt 1963) 261-271; E. Przywara, *Humildad, paciencia y amor*, Barcelona 1964; K. Rahner, *Selbstverwirklichung und Annahme des Kreuzes*: Schriften zur Theologie VIII (Einsiedeln 1967) 322-328; R. Damerau, *Die Demut in der Theologie Luthers*, Giessen 1968; W. Grundmann, *ταπεινός*: ThW VIII (1969) 1-27; E. Kunz, *Die drei Weisen der Demut in den Exerzitien des hl. Ignatius von Loyola*: Geist und Leben 42 (1969) 280-301; A. Huerga, *Humildad*: SM III (Barcelona 1973) 555-557.

O. SCHAFFNER